

hincapié en lo cotidiano, en el ademán, en sentarse sin más y dejar que la consciencia se vaya diluyendo y sintamos inconscientemente la interpenetración con lo cósmico.

El manual de Deshimaru es, por tanto, eminentemente un leve comentario de las diversas prácticas que rodean el hecho de *za-zen*. Incluye, además, algunos textos canónicos (de los siglos VIII y IX) aún vivos en las comunidades zen japonesas y hasta la fecha inéditos en Occidente. Como ocurre siempre con la literatura zen, una profundidad con sartas de leyendas ejemplares de maestros del pasado.

Deshimaru, sin fatigar al lector con enormes demostraciones filosóficas, llama nuestra atención sobre el hecho de que la última biología o la última física esté yendo hacia conclusiones que, de un modo u otro, Oriente hace



Taisen Deshimaru.

mucho que señaló. La ventaja del zen sobre el tronco ortodoxo del budismo es que, para el zen, es preciso asumir siempre, sintetizar las contradicciones: por tanto, no tiene sentido discutir si el

zen es espiritualista o materialista. Deshimaru explica aquí convincentemente, para lectores occidentales, el porqué de la postura *za-zen*, parecida al loto del yoga, de qué modo la respiración, al potenciar sobre todo la espiración, actúa sobre el organismo y le pone en disposición de percibir "más".

Zen, desde luego, no es misticismo. Al contrario, es cotidianidad. Está mucho más cerca de los pucheros de Teresa de Avila que de sus éxtasis con lanzas penetrándola. El sujeto, tal como lo entendemos, se desvanece en zen, como corresponde al mundo ilusorio según el budismo; sin embargo, no se anula, el satori no excluye lo ilusorio, todo es interdependiente. La vida del practicante de zen tiene que mudar, desde un estar viviendo ciegamente lo que se llama realidad hasta un ver de pronto qué irreal

es esa llamada realidad... para al fin volver a ver que la realidad es la realidad y seguir viviendo en ella sin pensarlo. Zen es un chasquido de dedos, tomar té, hacer lo que se hace: en suma, estar en lo que se está, de modo natural, inconsciente, aquí y ahora, sabiendo sin necesidad de reflexión que aquí y ahora forma parte de un todo. Vida y muerte son etapas, como las estaciones del año. "Ello" vive; no es que tú o yo estemos separados del Universo. No es una conciencia según los moldes occidentales, sino simplemente "eso" lo que escribe haikus como éste:

*"Sin dejar huella,  
el pato se desliza por el agua.  
Sin embargo, nunca olvida su  
[camino]."*

■ MIGUEL BAYON.

## CULTURA A LA CONTRA

### El decenio que viene

**C**UANDO trato de ser realista, y proclamo a los cuatro vientos que todo va mal, y que todo irá a peor todavía, se me llama derrotista, pesimista y desesperanzado. Por desgracia, la realidad me da continuamente la razón. Y siguen matando chavales por las calles, y se restablece la censura en el cine —aunque haya perdido su nombre, y sea una censura más vergonzante y no menos vergonzosa—, y se prohíbe el derecho a manifestarse... A mí todo esto me recuerda décadas anteriores y negras; mucho me temo que vamos a caer de nuevo en el aburrimiento, en la grisura, en el vacío físico y moral que imperaba con nuestro papá Franco, que es también el papá de estos chicos que hoy nos gobiernan y nos mandan, y que encima dicen que nos "representan".

Andamos todos a vueltas con el decenio. Por lo visto, el paso de una a otra década es algo muy importante, fundamental. Pues bien: lo veo mal, el decenio que viene. Me temo que vamos a tener que volver a la militancia, a la lucha contra un estado de cosas que se está encabronando cada vez más. A preparar la guerra. O la huida a los mares del Sur, que puede ser bastante más gratificante. Yo ya me estoy sacando mi carnet de algo, para —cuando la cosa se ponga dura— saber dónde están los míos. Siempre he tenido tendencia a ser un pandillero, a lo mejor por el miedo que me dan los otros pandilleros. Pero el caso es que los años ochenta van a ser duros, muy duros. Si antes se hablaba del "descenso" —que no es tal, sino una sublimación e introyección de la represión—, ahora se va a

volver a hablar de la lucha, de las barricadas. Hasta que venga un santón, que desde luego no se parecerá a Jomeini, sino más bien a don Blas Piñar o a monseñor Guerra Campos, en todo caso, a meternos a todos en cintura. Bueno: pues otros cuarenta años de cuaresma, y la revolución esa siempre por hacer, y la vida siempre por cambiar, y el aburrimiento de una España que volverá a parecerse a un pesadísimo poema de Machado.

Claro, que seguirá habiendo "rock": una música cada vez más industrializada, cada vez más monótona e inflexible en su machaconeo. Una música que acompañará al paredón a los fusilados, y orquestará las explosiones y las mutaciones producidas por las centrales nucleares. Un "rock" cuyos representantes actuales se disfrazan de mutantes, de máquinas, de obreros especializados. Música mecánica que intenta hacernos creer en "el romanticismo de la máquina", y que se la debía haber inventado Marinetti. Y donde hay un Marinetti surge un Mussolini con toda rapidez, porque están en todo.

En fin: que nos esperen, otra vez, tiempos duros. Y más duros aún para quienes no estamos dispuestos a aceptar un nuevo paso atrás, porque vamos a tener que hacer cosas pesadísimas, vestirnos uniformes, encuadrarnos en organizaciones y partidos. Y luchar, cosa que a mí personalmente nunca me ha gustado, porque aborrezco cualquier tipo de acción, y lo que quisiera es que me dejaran en paz, leyendo los poemas de François Villon que acaba de reeditar Visor.

■ EDUARDO HARO IBARS.

## TEATRO

### "El Alcalde de Zalamea", en el Centro Cultural de la Villa

**T**RO clásico en escena. Lo cual quiere decir que algo se está intentando en este punto y que, de seguir así, si el público no

Fernando Fernán-Gómez.





da la espalda, algo en claro va a sacarse en poco tiempo. Un Lope, por el TEC, un Cervantes, por Paco Nieva, y un Calderón, por Fernando Fernán-Gómez, son, en este momento, bastante más de lo que ha sido corriente. Y, dentro de muy poco, abriendo el Español, tendremos también otro Calderón, el de Augusto Fernández —para la Compañía de Aurora Bautista—, que promete ser bien distinto...

Vayamos ahora con "El Alcalde de Zalamea", de Fernán-Gómez, inscrito en el repertorio —Jardiel Poncela, Muñoz Seca, Arniches...— de lo que una mayoría, incluidos los rectores del Centro de la Villa de Madrid, entiende entre nosotros por teatro popular. Y digamos que, sea por la propia personalidad de Fernán-Gómez, sea también por el carácter sociológico del Centro, es el más llano de nuestros actuales espectáculos sobre los clásicos. La introducción de varios temas musicales de los siglos XVI y XVII, otros del folklore extremeño, y varias canciones, es la mayor novedad, que —pensando en lo que hemos visto en los últimos Lope y Cervantes— reafirma una tendencia del todo lógica en la reciente aproximación a los clásicos. La "exclusión" de la música es un fenómeno teatral relativamente moderno —relegándola a un teatro específicamente musical— y eliminarla de las representaciones de los clásicos es tanto como amputar una de sus vías de expresión. Lo cual no es decir que la música sea, en sí misma, algo expresivo y divertido, pero sí que, debidamente integrada, forma parte de la vitalidad espectacular y popular del teatro clásico.

Por lo demás, este "Alcalde de Zalamea" es, en lo que a puesta en escena se refiere, directo y nada complicado. Los decorados y figurines de Javier Artiñano serían un acierto absoluto si los cambios, hechos a la vista del público, se realizaran con más gracia, con una determinada intención estilística. Por más que quiera evitarlo el director, el cambio de decorado a manos de los actores es una parte, incluso

importante, del espectáculo. Si se reduce a un acto mecánico, a menos que sea de un rigor y de una brevedad cronométricos, tiende a "ensuciar" la representación, a darle un cierto aire de descuido. Cosa que es especialmente negativa en un espectáculo como éste, que, por elegir la sencillez y el servicio absoluto al texto, necesita de una nitidez absoluta. ¡Qué difícil es lo simple en el teatro! ¡Qué sobredosis de estilización no exige las más de las veces! Por ejemplo, sacar al rey como lo hace Fernán-Gómez, cruzando la escena de una parte a otra con un séquito de tres personas, como si fuera un juez de paz de nuestros días, es algo que hubiera exigido un intencionado y preciso tratamiento escénico. Tal como está, no sabemos cuál es el propósito de Fernán-Gómez. La desvalorización del personaje, sin duda, se consigue. Pero en clara contradicción con su peso ideológico en el resto de la obra. Y, sobre todo, despojándolo de ese gesto que, en las verdes y las maduras, ha sido inseparable de la institución monárquica.

En cuanto a la interpretación, el Pedro Crespo del propio Fernán-Gómez es el capítulo más interesante. Animada toda la puesta en escena de la mejor intención naturalista —¡qué sorprendente es Calderón en este aspecto! ¡qué capacidad para saltar del tratamiento psicológico de los caracteres a las obras mágicas y metafísicas!— Fernando es un excelente alcalde en la primera parte del drama y en las escenas finales, es decir, allí donde no domina la desesperación extrema ni el lamento, que son cosas que no encajan en la personalidad irónica, contenida e intelectual de Fernando. En este sentido, la distancia entre el Fernán-Gómez de las escenas con don Lope y las del padre ultrajado y doliente es enorme. Gabriel Llopart (don Lope), Emma Cohen (Isabel), Joaquín Kremel (don Alvaro) y Carlos Canut (Rebolledo) son los más firmes junto a Fernán-Gómez. El último —Canut— vuelve a la escena española tras varios años de brillantísima carrera en Venezuela. ■ JOSE MONLEON.

## MUSICA

### La ola abrasadora

UNA de tantas paradojas a las que nos tiene acostumbrado el país: la reciente actuación de Elvis Costello y los Attractions en el ya tradicional Nuevo Pabellón del Club Juventud de Badalona convocó apenas a tres mil y pico personas, a pesar de despertar una expectación inusitada entre los medios rockeros. Y eso que,



Elvis Costello.

aparte de la fugaz presencia de Blondie en el jipioso descampado de Canet, Costello y su trío han sido el primer grupo de la cresta de la Nueva Ola que ha dado un concierto regular en España.

Más incongruencias: aunque la Nueva Ola ha prendido con mayor fuerza en Madrid —gracias principalmente a los bene-

méritos esfuerzos de la Onda Dos de Radio España— Costello sólo ofreció un recital y en Cataluña. De hecho, fue un grupo madrileño el que abrió el espectáculo. Radio Futura sufrieron por problemas de sonido, pero remontaron todas las dificultades —incluido el hecho de que parte del público les confundiera con Nacha Pop, otra banda de Madrid que originalmente tenían la función de teloneros— para ofrecer una apretada muestra de su pop arrollador.

Los problemas de mister Costello no fueron de orden técnico, sino todo lo contrario: sus cuerdas vocales estaban debilitadas y eso hacía penosas algunas canciones. Pero el hombrecillo de las gafas a lo Buddy Holly clavó las espuelas en las grupas de su habitual sonido "ratonero" y los instrumentos suplieron la malévolamente potencia de su voz airada. Fue esta una descarga de sonidos nerviosamente intensos, que evidenciaban el mortífero potencial de esa pequeña gran banda que son Costello y sus Attractions. Viéndose obligados a prescindir de las piezas suaves, el concierto tomó altura con las furiosas interpretaciones de "I don't want to go to Chelsea" y "Watching the detectives", que comenzaron fieles a sus orígenes jamaicanos y terminaron a altas temperaturas rockeras. Un tratamiento brutal que no benefició a composiciones más pop, tipo "Accidents will happen", que precisan envolturas más acarameladas. Pero la voz cascada de la estrella no permitía las sutilezas emocionales de sus discos y nos tuvimos que conformar con la constatación del poderoso impacto en directo de las cuatro o cinco clásicas costellianas que cantó entre abundantes novedades aún no plastificadas.

Más allá de sus indudables virtudes y deficiencias, Elvis hizo gala de una entrega al público que era algo más que mero profesionalismo y que contradujo la imagen de "angry young artist" que le precedía. Nada de desplantas ni cabreos: fue generoso con su tiempo e incluso reapareció un par de veces. Y aunque no vuelva a obsequiarnos con un álbum tan atractivo como "My Aim Is True", Elvis Costello demostró que está hecho de la fibra dura y apasionada de las leyendas del rock. ■ DIEGO A. MANRIQUE.